



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A VENEZUELA,
ECUADOR, PERÚ, TRINIDAD Y TOBAGO

***ENCUENTRO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
CON LOS MIEMBROS DEL EPISCOPADO DEL PERÚ***

Sábado 2 de febrero de 1985

Queridos hermanos en el Episcopado:

1. En la sede de vuestra Conferencia Episcopal, donde en espíritu de profunda fraternidad os reunís para organizar, coordinar y promover la vida de la Iglesia en el Perú, me alegra profundísimamente encontrarme con vosotros, mis hermanos obispos de estas Iglesias particulares que estoy visitando. Estos momentos van a prolongar y completar las vivencias y reflexiones hechas durante vuestra visita «ad Limina». Y tengo a la vez la agradable impresión de que, de algún modo, el hermano en la Sede de Pedro devuelve lleno de afecto la visita a los hermanos que antes fueron a verle, dejando atrás las Iglesias que hoy me acogen en la fe.

Este encuentro tiene lugar en una fecha de gran significado eclesial. En el día de hoy, y bajo la mirada maternal de la Virgen de Chapi, he tenido el gozo de beatificar a Sor Ana de los Ángeles Monteagudo. En ella se concentra un pasado de ejemplar consagración esponsal a Jesucristo, el Señor; pero también se nos señala un futuro. Ese futuro que hemos podido vislumbrar sobre todo en los miles de jóvenes reunidos con nosotros. La Iglesia latinoamericana tomó en su día una «opción por los jóvenes». Ellos esperan siempre de nosotros que les señalemos de modo inequívoco el camino de los Santos, de su plena realización como cristianos; y no podemos defraudarlos.

Es un admirable privilegio pertenecer a una Iglesia en la que ha florecido la santidad; pero es también una responsabilidad. Los jóvenes, tan sensibles y exigentes nos obligan a levantar la vista, a ponernos continuamente en camino, a no desfallecer en el arduo esfuerzo de mostrar y

seguir coherentemente a Jesucristo. Ellos son esa instancia crítica que señala que todavía podemos hacer algo más. Ellos nos hacen descubrir que la santidad, la cual comienza con una renovación interior, tiene indudables dimensiones sociales. Vuestra historia eclesial es rica en preclaros modelos de vida cristiana, capaces de iluminar con la novedad del Evangelio el presente y de guiar hacia la transformación de un futuro mejor.

En esta perspectiva, y como confirmación o complemento de cuanto tratamos en Roma, deseo compartir con vosotros algunas reflexiones que me sugiere la figura profética, central en vuestras Iglesias, de Santo Toribio de Mogrovejo, a quien he declarado recientemente Patrono de los obispos de América Latina. Además, en su fiesta litúrgica, el 23 de marzo, aprobé el Documento final de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Puebla de los Ángeles, bajo el lema: « La evangelización en el presente y el futuro de América Latina ».

Hay además otra coyuntura histórica de fondo para que miremos a la figura de Santo Toribio: su gran tarea consistió en realizar, iluminado por el Concilio de Trento, la primera evangelización del Mundo Nuevo. Hoy os toca a vosotros realizar, a la luz del Concilio Vaticano II, una nueva evangelización de vuestros fieles que —como dije en la alocución al CELAM en Puerto Príncipe— ha de ser «nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión» (*Discurso a la asamblea del Celam*, III, 9 de marzo de 1983: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VI, 1 (1983) 698).

De entre las grandes lecciones que brotan del ejemplo de Santo Toribio queremos fijarnos en algunas.

2. *Evangelización para la santidad.* La primera evangelización germinó haciendo de la fe el sustrato del alma latinoamericana en general, y peruana en particular (Cf.. *Puebla*, 412). Esto fue en buena parte fruto del admirable esfuerzo apostólico de Santo Toribio de Mogrovejo y de su labor en el III Concilio Limense, ayudado por otros insignes misioneros.

Aquella evangelización dio como resultado modelos ejemplares de santos. Ahí están para testimoniarlo la mística figura de Santa Rosa de Lima, el amor a los pobres de San Martín de Porres y San Juan Maclas, la solidaridad y ardor misionero de San Francisco Solano.

Una nueva evangelización en nuestros días deberá infundir en los hijos del Perú esa aspiración ala santidad. Así podrán superarse las tentaciones de materialismo que amenazan. Animar desde dentro y estimular esta tarea ha de ser vuestra gran misión.

Esa nueva evangelización habrá de redescubrir y potenciar aquellos valores cristianos grabados en la fe del pueblo; para que puedan ser respuesta a las situaciones y exigencias nuevas de nuestro tiempo; para que hagan del Evangelio la fuerza motriz hacia la ayuda al hermano más necesitado, visto en su dignidad de hombre y de ser llamado al encuentro con Dios.

3. Evangelización para la unidad en la fidelidad.

El Santo arzobispo de Lima fue un ejemplar constructor de unidad eclesial. En su trabajo evangelizador supo asociar a presbíteros, religiosos y laicos en un admirable intento de comunión. El III Concilio Limense es el resultado de ese esfuerzo, presidido, alentado y dirigido por Santo Toribio, y que fructificó en un precioso tesoro de unidad en la fe, de normas pastorales y organizativas, a la vez que en válidas inspiraciones para la deseada integración latinoamericana.

El mismo fue insigne maestro en la verdad, que amaba siempre a quien erraba, pero nunca dejó de combatir el error. Con gran sentido de responsabilidad pastoral supo dar frecuentes ejemplos de esa exquisita caridad de padre y claridad de maestro. Convencido firmemente de que nunca es verdadera caridad permanecer inactivo ante las desviaciones en la fe de los fieles, supo velar por la fidelidad a la doctrina de la Iglesia, fundamento seguro de la comunión eclesial. Y lo hizo en un momento histórico de importante reflexión teológica y de trabajo intelectual al servicio del anuncio de la Buena Nueva.

Ante un mundo fragmentado y con frecuencia contrapuesto, es necesario que la Iglesia dé testimonio de fidelidad a sí misma, a su Fundador; que ayude a sanar distancias y divisiones; que sepa unir los corazones, salvando las rupturas insolidarias que anidan en el corazón de la sociedad y del hombre mismo, empezando por la fractura entre fe y vida.

4. Evangelización para la dignidad de la persona.

En Santo Toribio descubrimos el valeroso defensor o promotor de la dignidad de la persona. Frente a intentos de recortar la acción de la Iglesia en el anuncio de su mensaje de salvación, supo defender con valentía la libertad eclesiástica.

El fue un auténtico precursor de la liberación cristiana en vuestro país. Desde su plena fidelidad al Evangelio, denunció los abusos de los sistemas injustos aplicados al indígena; no por miras políticas ni por móviles ideológicos, sino porque descubría en ellos serios obstáculos a la evangelización, por fidelidad a Cristo y por amor a los más pequeños e indefensos.

Así se hizo el solícito y generoso servidor del indígena, del negro, del marginado. E supo ser a la vez un respetuoso promotor de los valores culturales aborígenes, predicando en las lenguas nativas y haciendo publicar el primer libro en Sudamérica: el catecismo único en lengua española, quechua y aymara.

Es éste un válido ejemplo al que habéis de mirar con frecuencia, queridos hermanos, sobre todo en un momento en el que la nueva evangelización ha de prestar gran atención a la dignidad de la persona, a sus derechos y justas aspiraciones. En ese sentido habéis querido moveros al publicar

vuestra Carta colectiva sobre «Aplicación y difusión de la Encíclica *Laborem Exercens* en nuestra realidad pastoral». Como obispos presentáis la realidad de vuestro pueblo, con sus luces y sombras, no con el propósito de causar desaliento, sino para estimular a todos los que puedan mejorarla.

Interpelados por la dura realidad del Perú de hoy, reafirmáis vuestra responsabilidad de estar presentes en el mundo del trabajo mediante la tarea evangelizadora, de acuerdo con las funciones específicas que el Señor ha encomendado a los diversos miembros del Pueblo de Dios, con una clara identidad evangélica, evitando caer en reduccionismos de cualquier signo y superando los obstáculos que impiden su misión.

Sois conscientes - como habéis recogido en varios documentos de vuestra Conferencia - de que la enseñanza social de la Iglesia, elaborada en un largo período de experiencia eclesial, ilumina los problemas del mundo desde la luz de la razón natural, de la fe y la moral de la Iglesia. De ahí surge el impulso evangélico de salvar al ser humano en su dignidad integral. Porque no se puede olvidar que tantas consecuencias para la vida social nacen del Evangelio, como bien recuerda el Documento de Puebla: «Nuestra conducta social es parte integrante de nuestro seguimiento de Cristo» (*Puebla*, 476).

A este respecto, me complace que en vuestro laudable empeño clarificador, para lograr el debido equilibrio entre inmanencia y trascendencia en el quehacer de vuestras Iglesias particulares, hayáis publicado el reciente Documento sobre teología de la liberación. Confío en que, con vuestro celo, sentido eclesial y perseverancia, las orientaciones pastorales que habéis marcado darán los frutos deseados en el necesario y justo empeño en favor de los más pobres.

5. Evangelización en constante sintonía con la Sede Apostólica.

Es visible en Santo Toribio un elemento de fondo, que hoy es constitutivo de la piedad popular, peruana y latinoamericana; y que con su vida y obra él ayudó a construir: la cercanía espiritual y el afecto cálido al Sucesor de Pedro, a quien el Señor quiso poner como Cabeza de la Iglesia (Cfr. *Codex Iuris Canonici*, can. 331).

En íntima comunión con él, vosotros estáis llamados a realizar la renovación eclesial trazada por el Concilio Vaticano II, conscientes de ser guías del Pueblo de Dios, y servidores de la verdad del único Evangelio de Jesús.

A vosotros se os ha confiado la misión de apacentar el Pueblo de Dios peregrino en el Perú; a vosotros corresponde, en comunión con la Sede Apostólica, como vais haciendo, trazar los caminos de la evangelización, atendiendo a los impulsos con los que el Espíritu Santo bendice a su Iglesia. De ahí vuestro empeño y deber de evitar magisterios paralelos, eclesiásticamente inaceptables y pastoralmente estériles, velando con suma caridad por el bien y fidelidad a la

Iglesia.

6. Queridos hermanos en el Episcopado: Recuerdo con gran placer los encuentros tenidos con vosotros durante vuestra visita «ad Limina» que me hicieron constatar el gran amor a la Iglesia que os anima. A ejemplo de ese gran predecesor y Patrón vuestro, Santo Toribio de Mogrovejo, sed los sabios y santos Pastores que necesita el Perú, los auténticos animadores de la vida espiritual, los promotores incansables de la dignidad de las personas y de la reconciliación. Que en esta alborada del V centenario de la evangelización de América Latina, la Iglesia que apacentáis sea signo e instrumento de esperanza, conciliando con sabiduría y valentía las legítimas aspiraciones de elevación temporal y los esenciales valores del espíritu.

Que el Santo arzobispo os ayude con su ejemplo a profundizar en las exigencias de vuestra tarea, para el presente y el futuro de la evangelización en el Perú. Y que la Madre Santísima, la Virgen fiel, os acompañe en vuestra generosa y sacrificada entrega a esta joven Iglesia que camina hacia el Padre bajo la acción del Espíritu. Así lo deseo, con fraterno afecto.